A la sombra del asno. Asnos, burros y jumentos en la Paremiología antigua

JUAN CASCAJERO
Universidad Complutense de Madrid

Resulta incuestionable que todos los países que han conocido la expansión biológica y utilización consecuente del burro se han servido de su referencia como paradigma de necedad. Da lo mismo que, por exigencias de la evolución tecnológica, estos animales, en muchos de estos países, hayan terminado por desaparecer en su casi totalidad, porque la alusión al asno como portador de determinadas características —así como la imputación de tal condición a quien se quiere atribuir tales rasgos— sigue siendo habitual, incluso en quienes jamás tuvieron ocasión de contemplarlo. Así, llamar "burro" ("asno", "borrico" o "jumento", da igual) a alguien, sigue significando, en un mundo ya casi vacío de burros, llamarle "necio", "torpe", "terco", "inútil" o "incapaz". Pues bien, por lo que sabemos, este recurso expresivo hunde sus raíces ya en los primeros restos escritos de la Antigüedad, tanto orientales como mediterráneos.

Único motor animado, no humano, supuso, para amplias zonas del espacio histórico antiguo, casi la única fuente de energía empleada para asistir o suplir el esfuerzo humano. Excluidos, por distintas causas, el buey, el mulo y el caballo, el asno constituyó un auxiliar elemental y básico para los menos poderosos, para la gente del común, para los habitantes de campos y aldeas, esto es, para las mayorías. Plenamente adaptado a las condiciones ambientales de los medios áridos y semi-áridos, ecológicamente integrado en la vida aldeana y suburbana, resiste con éxito la comparación con el resto de équidos, en cuanto a lo exiguo de sus exigencias y la cantidad y calidad de sus prestaciones. Soporta el calor y la sequía mejor que caballos (no muy usados en la Antigüedad, generalmente, para el trabajo) y mulos. Más sobrio y frugal en su alimentación, más austero, paciente y sufrido, más resistente a la enfermedad, más dócil, manso y obediente, más humilde, laborioso y quieto, más longevo, más barato, sin necesidad de herrajes, ni albardas, ni cinchas, ni aparejos (aunque los agradezca). Superior a ellos en energía, poder nervioso, temperamento, inteligencia y tenacidad en el trabajo, fue usado, por humildes y poderosos como animal de carga, de tiro y laboreo. Sus extraordinarias prestaciones conocidas y explotadas al máximo en tantas tareas cotidianas, hicieron que el mundo antiguo fuera un mundo superpoblado de burros, por más que sus usuarios y explotadores, como ocurría también en el caso de esclavos y otras formas de dependencia, no lo dejaran translucir suficientemente.

Este trabajo pretende avanzar en el seguimiento y explicación de la considerable distancia entre las reconocidas utilidades y prestaciones del asno y la, más que grotesca, malvada tradición paremiológica que lo acompaña. El proceder metodológico exige el seguimiento conjunto tanto de los restos escritos disponibles como de los restos orales. Entre los primeros, cabe destacar, entre otros, la escasa aportación de los "naturalistas"[1] (como Aristóteles, Eliano o Plinio el viejo), la más interesante

[1] Para Aristóteles, véase *Historia de los animales*, 605a 16-22 (sobre sus enfermedades); 545b 20 (sobre su edad de madurez sexual); 521a 5 (sobre las cualidades de su sangre); 595b 23 (sobre su dieta); 609a 31b5, 610a 4, 505a 23 (sobre su enemistad con distintas aves); 521b 23 (sobre su leche materna); 575b 30 y 577a 3, 15 (sobre sus condiciones de

de los "agrónomos"[2] (como Catón, Varrón, Columela o Paladio) y, sobre todo, la fundamental de los "literatos" (como Apuleyo y Luciano). Entre los segundos, es preciso distinguir entre las alusiones paremiológicas conservadas y las referencias de la fabulística y otros relatos similares.

Sin entrar en la espinosa polémica suscitada en torno a las problemáticas relaciones de los "asnos" de Luciano de Samósata y Apuleyo de Madaura, la *Metamorfosis* de éste último constituye, como la del primero, un referente fundamental para la comprensión de la simbología del asno en la Antigüedad. Su protagonista, Lucio, obligado a seguir fielmente la secuencia mistérica (caída-pecado / sufrimiento-purificación / salvación-comunión con la divinidad) es convertido en asno, constituyendo sus experiencias vitales como tal animal el núcleo del relato. Su discurrir asnil, conociendo todas las caras del dolor y la explotación, en proporción a la grandeza que sólo puede otorgar la salvación isíaca, supone, con su sufrimiento, el contrapunto necesario a la felicidad de los redimidos, para siempre, por la diosa del sistro. En otras palabras, cuando la redención de su grave pecado le exige un purgatorio paralelo a su culpa, es convertido en el animal que, por sus condiciones de vida, por su grado de explotación y miserias padecidas, debía parecer lo más abyecto y vil de la naturaleza: es convertido en un asno.

Muy desigual, en cuanto al objetivo propuesto, resulta la aportación de los géneros y subgéneros orales. Debe distinguirse, en consecuencia, entre la amplia y compleja oferta de la fabulística[3] y la más breve y unidireccional de las paremias que nos conciernen.

---

apareamiento); 499b 17 (sobre su cola); 501b 3 (sobre sus dientes); 606b 4 (sobre su carácter friolero). Para un seguimiento de la problemática concerniente al asno en Eliano, puede consultarse su *Historia de los animales*, II, 10; VI, 51; X, 28; XI, 35; X, 40; XII, 16; XII, 34; XIV, 10; XVI, 9; XVI, 37 y XVII, 9. Plinio el Viejo, en su *Naturalis Historia*, dedica los capítulos 46, 68 y 69 de su libro VIII a los onagros, a los asnos domésticos y su reproducción y a las características de las mulas y demás jumentos, respectivamente, para, después, emplearse, en él XVIII, en la revisión de los remedios terapéuticos obtenidos del asno.

[2] Catón sólo alude brevemente a los asnos (*De agri cultura*, XII; XI, 4; LXII y CXXXVIII). Igualmente esquemático resulta Varrón, quien en su *De agri cultura*, II, 6, 1-5 pone en boca de Murrio Reatino un breve tratamiento del tema asnil. Más útiles son las palabras de Columela, quien, convirtiéndose en el "primer apologeta asnil", alaba la conjunción de las excelentes prestaciones y mínimas exigencias del burro: «[...] sobre ganado menor, ocupará el primer lugar el asnillo menor de Arcadia, este animal vil y común [...] primero que se procure adquirir, y no sin razón, porque se puede mantener en un campo que carezca de pastos, pues se contenta con poco forraje y con cualquiera que sea [...]. Aguanta muy bien la torpeza de un asnero atolondrado y no menos los golpes y la escasez, pues resiste sobremanera el trabajo y el hambre, y rara vez le acometen las enfermedades. Este animal, cuyo mantenimiento es de tan poco costo, se emplea en muchísimos trabajos y muy precisos, mayores de lo que corresponde a su precio, pues no sólo rompe con arados ligeros la tierra franca [...], sino que tira de los carros si éstos no llevan demasiado peso. [...] el trabajo ordinario de este animal es hacer dar vueltas a las piedras de molino referidas y moler trigo. Por lo cual, toda hacienda de campo necesita del borrico como el instrumento más necesario [...]» (VII, 1. Sobre el tema asnil ya había hablado en II, 15 y VI, 36 y 37). Por su parte, Paladio, "el último de los agrónomos latinos", se muestra, igualmente, poco generoso en el tratamiento de los asnos y en su curioso y práctico calendario de las cosas del campo, *Opus agri culturae*, en su libro IV dedicado al mes de marzo, dedica el cp. XIV a la reproducción asnil y lo concluye diciendo que «un borrico, por pequeño que sea, es muy necesario para el campo, porque aguanta bien el trabajo y apenas necesita de cuidados», pero no presta atención específica a los burros en su libro XIV, dedicado a la *Medicina veterinaria*, aunque sí lo haga con los jumentos, en general.

[3] Cabe destacar el gran número de relatos con el asno como protagonista hasta llegar a convertirse en uno de los personajes-clave del género, al punto de ser enriquecido con connotaciones inexistentes en otros géneros orales o escritos. Advirtiendo que "las fábulas anónimas" se citan según la edición de B. Perry, *Aesopica*, Urbana, 1952 (citado como P.), el burro aparece presuntuoso y petulante (P., 82; P., 182; P., 184; P., 188; Fedro, *Ap.*, 14). Incapaz y limitado por la naturaleza (P. 315 y 315 a = Babrio, 62; D. Laercio, 7, 185 = Val. Máx., 1, 12 = Estacio, 6 = Luciano, *Macr.*, 25; Zenodoto, 5, 39), simboliza la explotación y recibe malos tratos (P., 164 = Luc., *Asin.*, 35 = Apul., *Met.*, 8, 24; P. 181 = Babrio, 7; P., 183; P. 190; P., 357; Fedro, 1, 15; Babrio, 55 = Rómulo, 41 = Plauto, *Aulul.*, 227- 234; Rómulo, 82 y 53). Es consciente de la explotación que padece, de sus sufrimientos y de unas lastimosas condiciones de vida que quiere cambiar (P., 179; P. 180; P. 185; P. 189). El nivel de conciencia de sus males le conducen a luchar y a protestar, a veces enérgicamente, por las injusticias padecidas (P., 91 = Babrio, 129 = Rómulo, 21 = Luciano, *Asin.*, 40, 1; P., 263; Babrio, 125; Fedro, 1, 21 = Rómulo, 20). Se atreve, con valor rayano en la osadía, a defender sus opciones igualitarias y democratizantes (P., 149 = Fedro, 1, 5 = Babrio; Fedro, 1, 29 = Rómulo, 14; Fedro, *App.*, 16). Llega a mostrarse, incluso, disidente, rebelde, insumiso (P., 186; P., 239; Fedro, 1, 15). Y, aún más, es significativo el número de unidades que presentan al burro triunfando ante las asechanzas de los poderosos gracias a su sabiduría práctica, capacidad de penetración, sagacidad y perspicacia (P., 187 = Babrio, 122 = Aftonio, 9; Fedro, 5, 4; *Parafrasis Bodleiana*, 229).

Y una sola referencia proverbial presenta al burro como un personaje pretencioso, vanidoso, con aspiraciones a desarrollar un papel que no le corresponde: se trata del *asinus ad liram*, que llegó a gozar de amplia difusión tanto en ámbito griego como romano[4]. Pero son más abundantes, conectadas con esta tradición, aquellas que lo ofrecen como un personaje necio, vil e incapaz de entender nada, por más que mueva sus orejas, convertidas, ya, por sí mismas, en símbolo de necedad[5]. Incapaz de discernir lo bueno de lo malo, el manjar más exquisito del pestilente, devora, con fruicción, cardos, ortigas o espinos[6], prefiriendo el más humilde forraje al brillo del oro porque: *asinus stramenta mavult quam aurum* (nº 790, de V. Herrero, *Diccionario de frases y expresiones latinas*, Madrid, 1992). De ahí que distintas expresiones asocien al asno con la necedad, como el saludo injurioso, ya tardío, *asnis burris, campis pacis* (Herrero, 791) o, también en latín vulgar, el *ab asino petire lanam*[7]. Resulta, así, la figura del asno, embrutecida, envilecida y zarandeada por el insulto y el sarcasmo hasta hacerla solo tolerable para animales de su propia especie: la maldad y el ánimo de injuriar está presente en expresiones como *Asinus asino, et sus sui pulcher* (Herrero, 785) o *Asinus asinum fricat* (Herrero, 786).

El sentido de esta tradición paremiológica se ve reforzado y confirmado por el vigor de un buen número de expresiones coloquiales o familiares cercanas, de insultos y *maledicta*. Se trata de unidades lingüísticas que parecen atestiguar que, en la época y lugar en que se usaban, se había ya desarrollado el proceso de adjetivación del término "asno" con el significado, al margen de otras connotaciones peyorativas, de necio, torpe o incapaz de aprender[8]. Así, Plauto, traduciendo una actitud generalizada en la Antigüedad[9], hacía ya exclamar a uno de sus personajes, Balión, mientras golpeaba a sus esclavos: *homines magis asinos numquam vidi* (*Pseud.*, 136). En otras ocasiones, se utilizó la figura del burro para resaltar el carácter inútil o absurdo de determinadas acciones o ideas: como sucedía con la expresión «buscar lana del asno»[10], «ver un asno en el tejado»[11] o «discutir sobre

---

[4] Véase Cratino (fr. 247 K. A.). Menandro (fr.460 K. Th.) y Aristeneto, *Ep.*, 140 G. Atestiguada en paremiógrafos griegos (Diógen., 7, 33; Greg. Cypr., 3, 29; Macar., 2, 39 y 6, 38; Arsen., 12, 91a; Apost., 12, 8), da título a una de las *Sátiras Menipeas* de Varrón y argumento a una de las fábulas fedrianas (*App.*, 12). Presente, además, en Luciano (*Diálogo de las meretrices*, 14, 4: *De mercede conductis*, 25; *Adv. indoctum*, 4) puede relacionarse con el *asinus in cathedra*, al que ha de concederse un origen antiguo, aunque sólo esté atestiguado como medieval: *asinus in scanno, se vult similare magistro* (nº 1452 de Walther, *Lateinische Sprichwörter und Sentenzen des Mittelalters in alfabetischer anordnung*, Lepizig, 1963- 67, citado, en adelante, como Walther) que denotaría al ignorante asumiendo funciones de maestro.

[5] Sobre el asno como símbolo de necedad en la tradición griega y romana, véase Zenob., 5, 42; Diógen., 7, 30; Greg. Cypr., 3, 30; Phot., 339, 17, *Suda*, o 393; Horacio, *Ep.*, 2, 1, 199 ss.; Walther, 30874e. Sobre las orejas de burro, Ovidio, *Met.*, XI, 287-345 y *Met.*, XI, 184- 270; Persio, 1, 21; Diógen., 6, 73; Apost., 13, 17; *Suda*, m 1036.

[6] *Similem habent labra lactucam asino carduos comedente* (San Jerónimo, *Ep.*, 7, 5) testimoniando a Lucilio (1299), en torno a la única ocasión en que se vio sonreír a Craso al contemplar cómo un asno devoraba cardos.

[7] Su uso proverbial en Zenob., 5, 38; Diogen., 4, 85 y 6, 99; Macar., 6, 35; Apost., 12, 89; Phot., 337, 25; *Suda*,o 399; Eustacio, *Comm. Hom.*, 2, 40, 1-3, por ejemplo.

[8] Por supuesto, que el burro no fue el único referente metafórico antiguo de la necedad. Para otras alusiones, véase, por ejemplo, en Plauto, *Bach.*, 283 y 1088; *Miles*, 586 ss.; 236 y 1024; *Asin.*, 704; *Mercator*, 631; *Mostellaria*, 1073; *Poenulus*, 291. El elenco podría ampliarse mediante el manejo de autores antiguos "propicios", como Terencio (por ejemplo, *Heauton.*, 831 y 917; *Hecyra*, 214), los satíricos, Varrón (*Sat. Men.*, 37b), Horacio (*Sat.*, 2, 8, 72) y Juvenal (16, 22- 25) o los siempre prolíficos Apuleyo (*Met.*, 1, 15), Petronio y Luciano.

[9] Por ejemplo, Cicerón *Ad Att.*, 4, 5, 3 y *De Orat.*, 2, 66, 267; *In Pis.*, 30, 73, donde exclama *Quid nunc te, asine, litteras doceam*. Igualmente, Horacio, *Sat.*, 1, 1, 90ss.; Terencio, *Eunuch.*, 597ss; *Adelph.*, 935 y *Heaut.*, 876; Marcial, 6, 39, 15 -17. Sin que se pueda olvidar, en este momento, la vitalidad de aquellas acusaciones contra unos cristianos que fueron frecuentemente llamados *asinarii* pos sus adversarios, al imputarles la adoración, como a los judíos, de una cabeza de asno.

[10] La alusión disfruta de amplia tradición proverbial (véase Zenob., 5, 38; Diógen., 6, 99; *App. Prov.*, 2, 29; Macar., 6, 35; Apost., 12, 89) y lexicográfica (Hesich., 926; Phot., 337, 25, 8ss.; *Suda*, o 339). Cf., además, Eustacio, *Com.* Hom., 2, 40, 1-3 V y 3, 8, 3 V; Aristófanes, *Ranas*, 186; Cratino, fr., 367 K. & A., Pausanias, 10, 29, 2; Plutarco, *De tranq. animi*, 473c.

[11] Después que Nicerote terminara de narrar la aventura del hombre-lobo, Petronio (63, 1) hace exclamar a Trimalción, por no ser menos, que él también había visto un asno en un tejado: *nam et ipse vobis rem horribilem narrabo: asinus in tegulis*. Similar uso, aunque esta vez los protagonistas de las alturas sean dos bueyes, se encuentra en Livio, 36, 37, quizás

la sombra de un asno»[12] que presta título a este trabajo y donde lo vanal y ridículo de la contienda se ve reforzado, subliminalmente, por las connotaciones peyorativas del animal.

Escaso valor paremiológico y, sobre todo, historiográfico tendría esta investigación asnil si no tratara de comprender y explicar las posibles causas y sentido de tan singular evolución en el tiempo y en el espacio. Y parece que el proceso de adjetivación negativa del asno discurre paralelo al desarrollo de la conciencia de su sobreexplotación en sus usuarios. Desde luego, en la Antigüedad, resulta incuestionable que el grado de descalificación del explotado y oprimido es proporcional, siempre, al grado de explotación mismo a que está sometido. Y, en consecuencia, según nuestra propuesta, se insultaría, se descalificaría al burro por el mismo motivo que siempre se ha insultado a los sometidos. Por la misma razón que, en el ámbito de las relaciones sociales, se dotara de una naturaleza especial/perversa a los esclavos, se privara de racionalidad a los siervos o se caracterizara con todo tipo de referentes intelectuales negativos a las gentes del común. Por el mismo motivo que, en el campo de las relaciones genéricas, se vituperara y se privara a la mujer de toda capacidad reflexiva. Por el mismo motivo que, en el campo de las relaciones de edad, se despojara a los jóvenes y, sobre todo, a los viejos de toda facultad mental positiva. Se insultaba, pues, al explotado para justificar y legitimar el hecho mismo de la explotación, del maltrato, de la marginación del sometido a partir de su naturaleza inmunda, de su necedad absoluta, que obligaba, para el bien de todos, y también de él mismo, al empleo de una mano dura que sometiera su irracionalidad y sus irrefrenables instintos de maldad[13]. Se insultaba con tanta mayor energía, con tanto mayor furor y odio, cuanta mayor era la conciencia del explotador de la miserable situación de los sometidos. Y no conviene olvidar que el burro fue el "esclavo" del pobre en la misma medida que el esclavo fue el "burro" del rico[14].

---

en relación con la conocida fábula 125 de Babrio.

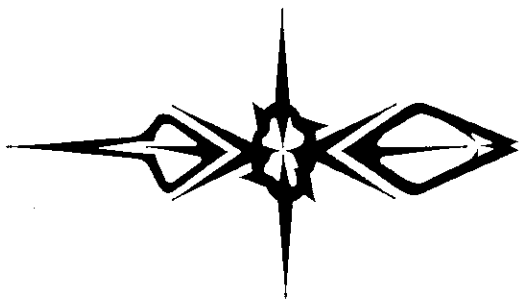
[12] El dicho está suficientemente atestiguado como tal. Cfr., Aristófanes, *Avispas*, 191; Sofocles, fr. 331 R; Platón, *Fedro*, 260c; Menandro, fr. 199 K.-Th.; Luciano, *Hermot.*, 71; Dión Crisóstomo, *Or.*, 34, 59 y, según Aristóteles (fr. 625 Rose), habría dado título a una comedia perdida de Arquipo. El sentido de la acción está recogido por los escolios a las referencias citadas así como por los lexicógrafos y paremiográfos: Hesich., o 927 L; Phot., 338, 15- 339, 11 P; *Suda* o 400, u 327; Zenob. vulg., 6, 28; Diógen., 7, 1; Greg. Cypr., 3, 87 y L 3, 23; *App. Prov.*, 4, 26; Macar., 6, 37; Apost., 12, 92 y 17, 69; Arsen., 14, 22a. En todos ellos se alude a una curiosa historia. En ella, Demóstenes, estando defendiendo a un hombre de la pena capital y observando a los jueces distraídos les contó este relato: iba un joven de atenas a Megara y a mitad del camino, fatigado por el sol y el cansancio, se paró para descansar a la sombra del asno alquilado que le portaba y que, viéndole al dueño del burro, lo llevó a juicio sosteniendo que había alquilado el asno pero no su sombra. Al interrumpir Demóstenes el relato e instarle los jueces, interesados, a que lo concluyera, él les respondió que era asombroso que se interesasen más por *la sombra de un asno* que por el destino de una vida humana. Ciertas semejanzas con esta expresión, por cuanto se alude a acciones necias y sin sentido, tiene la variante de Horacio (*Ep.*, 1, 18, 15) *Rixatur de lana caprina.*

[13] Existen ejemplos, en la tradición escrita, de formas de adjetivación similar que permiten un fácil seguimiento del proceder descrito. Elijo, por la vitalidad de sus imágenes, un fragmento de Plauto, subrayando los calificativos: (Habla Balión dirigiéndose a sus esclavos «Salid, vamos, salid, gandules, que en maldita hora tuve la maldita idea de comprar a quienes jamás se les ocurre hacer nada bueno y de quienes no es posible sacar provecho si no es a costa de palos (Los golpea). En mi vida he visto hombres más parecidos a asnos. ¡Tan llenas de callos tienen sus espaldas! Si los golpeas, te haces tú mismo más daño. Así es como son, así es como piensan estos malditos rompelátigos: en cuanto se te presente la ocasión, roba, hurta, apaña, afana, bebe, come, escapa. Esta es su tarea hasta el punto que sería mejor dejar lobos al cuidado de ovejas que a ellos al cuidado de la casa. Y eso que, si te fías de su aspecto, no parecen malos. Ahora, si a mi bando no prestáis atención todos, si no apartáis de vuestro cuerpo la pereza y el sueño de vuestros ojos... pero sois de naturaleza tan indolente y perversa que me obligáis a recordaros vuestro oficio a palos. De tal pasta estáis hechos que a mi látigo y a mí superáis en dureza. Fíjate, mira qué distraidos están. Escuchad, atended, prestad oídos a lo que os voy a decir, raza de recibe-palos. Vuestro cuero nunca será más duro que el cuero de mi látigo (los golpea)... (Plauto, *Pseudolus*, 133-138).

[14] De ahí que, aunque no pudieran faltar otros tonos, también en los restos orales más decididamente populares, como la fabulística, estén presentes unidades descalificatorias hacia el asno. De ahí, también, la actitud un tanto ambivalente hacia el burro de estos mismos relatos populares. Porque, por una parte, sus creadores estaban sometidos, también, a la necesidad de justificar-legitimar su relación de dominio y crueldad con el asno por lo que debían adjetivarlo convenientemente, en tanto resultaban, además, un campo abonado para que que, en ellos, prendieran paremias negativas provenientes del exterior. Pero, por otra parte, los creadores y propagadores de estos relatos se sabían simbolizados y representados, en el género, por el burro y no podían caracterizarlo de tal modo que sus inquietudes y aspiraciones se vieran impedidas definitivamente. Ello explicaría las tonalidades positivas hacia el asno presentes en la fabulística.

Y éste es el motivo historiográfico de tan breve y singular recorrido por los padeceres y desventuras del asno que lo han perseguido y siguen persiguiendo, como al protagonista maldito de «Los sacerdotes de Cibeles»[15], incluso después de su práctica desaparición: porque observar los males del asno a la par que el desarrollo de su proceso de adjetivación/descalificación paralelo (que no se corresponde, en absoluto, ni con sus cualidades ni con el valor extraordinario de sus prestaciones al hombre), permite descubrir el eterno proceder de los dominantes para con los sometidos. Porque, desarrollados los mecanismos ideológicos de justificación-legitimación de la brutalidad misma de la explotación de los sometidos por los beneficiarios de la desigualdad, los apaleamientos y castigos (al asno o a quien sea) ya no son crueles sino imprescindibles para vencer su tozudez, su terquedad, su necedad, su torpeza, su obstinación y su desesperante lentitud y pereza en el trabajo debido. Confortadas quedan ya las conciencias de los apaleadores... como satisfechos deberían quedar, también, los apaleados, porque sus verdugos no eran crueles sino ellos mismos los perversos, en tanto que los palos y más palos que recibían eran imprescindibles y justos. Porque esos palos no eran, incluso, palos. Solo eran divinos instrumentos de paz, concordia y progreso. Y si algunos apaleados no lo entendían así, era porque su necedad, su incapacidad comprensiva, su falta de juicio, su impiedad o su irracionalidad se lo impedían y, justamente por eso, su conducta debía ser más severamente enmendada y corregida[16].

Claro que si los burros/humildes de la Antigüedad hubieran hablado, o mejor, si se les pudiera/quisiera escuchar (porque es el caso que "aquellos burros" hablaron), quizás aún se percibirían sus voces de incredulidad, sus quejas, sus lamentos, sus protestas, su rebeldía, sus deseos de justicia y de cambio, sus reivindicaciones y su inconformismo. Aunque, de todas formas, da igual... ¡Sólo eran burros! y, ya se sabe, *raglio d'asino non arrivo mai in cielo*.



[15] Vale la pena, por su capacidad expresiva sobre las condiciones de existencia de los "burros" de todos los tiempos recoger el relato: «Unos sacerdotes mendicantes tenían un burro en el que acostumbraban a cargar su impedimenta cuando se ponían en camino. Pero un día el burro se murió de cansancio, entonces lo desollaron y con su piel hicieron unos panderos y se sirvieron de ellos. Otros sacerdotes, cuando se les encontraron, les preguntaron dónde estaba el burro». Se ha muerto —dijeron— y recibe ahora tantos palos como nunca aguantó en vida. Así, también algunos servidores, aunque eximidos de la esclavitud, no están libres de las tareas de esclavos» (p. 164).

[16] El valor de la referencia a la incapacidad-necedad en los conflictos ideológicos de la Antigüedad, el sentido del "debate por la sabiduría" en los procesos de legitimación o de denuncia de la desigualdad, lo he desarrollado recientemente en «Necedad, sabiduría y verdad. El *ser* y el *parecer* o un debate por la legitimidad en la oralidad antigua», *Gerión*, 15, 1997, pp. 27- 77.

Le dieci tavole dei proverbi [1535]. Vicenza: Neri Pozza, 1995.



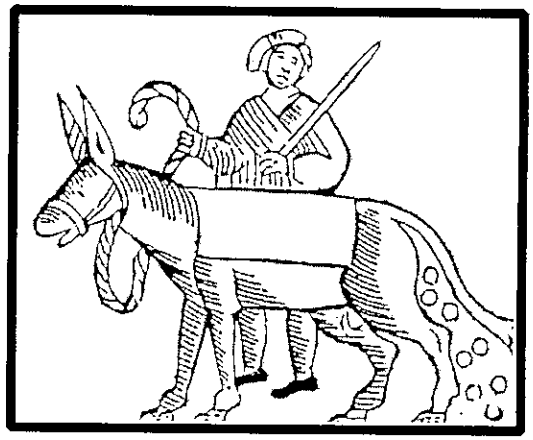
Vui siete poeta, perché avete el cuius arente.



Chi pesca a canna perde più di quel che 'l vadagna,
chi pesca a togna perde più de quel che bisogna.



Chi ha pan e vin seguri vada a dormir.



El val più un gran de pevere
che no val un stronzo de asen.o